

DON GONZALO DE CÓRDOBA: EL GENIO MILITAR Y EL NUEVO ARTE DE LA GUERRA AL SERVICIO DE LOS REYES CATÓLICOS

Don Gonzalo de Córdoba: The military genius and the new art of war under the service of the Catholic Kings

ANTONIO JIMÉNEZ ESTRELLA¹

Aceptado: 16-4-2004.

BIBLID [0210-9611(2003-2004); 30; 191-211]

RESUMEN

En este artículo se analiza el papel desempeñado por Gonzalo Fernández de Córdoba en las dos grandes campañas sostenidas por Francia y los Reyes Católicos por el control de Italia entre 1495 y 1504. Se hace un recorrido histórico por aquellos episodios (toma de los fuertes de Atella y Ostia, defensa de Barletta, batallas de Cerignola y del Garellano) que sirvieron para consolidar su prestigio como general en jefe de los ejércitos hispánicos y cimentar el mito del Gran Capitán. En la última parte se analizan las principales innovaciones introducidas por el noble cordobés en el campo de la milicia, dentro del contexto de la tradición militar hispana: el desarrollo de la guerra de desgaste y la emboscada contra el ejército francés, superior en número y recursos, la introducción del arcabuz como arma portátil ofensiva, así como la reorganización táctica de la infantería, por medio de la creación de unidades más pequeñas y operativas capaces de frenar la carga de la temible caballería francesa, y que constituirían el germen de los futuros tercios.

Palabras clave: Ejército. Guerra. Soldados. Italia. Francia. Monarquía Hispánica. Infantería. Caballería. Táctica y estrategia militar. Tercio.

ABSTRACT

In this article we analyze the role played by Gonzalo Fernández de Córdoba in the two big campaigns supported by France and the Catholic Kings in order to obtain the control of Italy, among the years 1495 and 1504. We study the most important events (the conquest of Atella and Ostia, the defense of Barletta, the battles of Cerignola and Garellano) that allowed to consolidate his prestige like general of the Spanish armies and created the myth of the Great Captain. Finally, we analyze the main innovations introduced by Gonzalo de Córdoba in the army, in the context of the Spanish military tradition: the development of the waste war and the ambushes against the French army,

1. Becario Postdoctoral del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, adscrito al CNRS-UMR 5134 TEMIBER (Maison des Pays Ibériques) de Burdeos.

superior in number and resources, the introduction of arcabuz like offensive hand weapon, as well as the tactical reorganization of the infantry, thanks to the creation of smaller and more operative combat units that allowed to brake the attack of the terrible French cavalry. These were the origin of Spanish tercios.

Key words: Army. War. Soldiers. Italy. France. Hispanic Monarchy. Infantry. Cavalry. Tactics and military strategy. Tercio.

El 2 de diciembre de 1515 se producía la muerte en Granada de don Gonzalo Fernández de Córdoba, duque de Sessa, tan sólo unos meses antes de que falleciese Fernando el Católico, el monarca al que años atrás había prestado su servicios y al que, tal y como reza la tradición popular, había “regalado un reino”. A partir de ese momento comienza a gestarse el mito² del que todos conocían como el Gran Capitán: el campeón del asedio de Atella, el astuto estratega de la batalla de Cerignola y de la jornada del Garellano, el héroe militar de Gaeta, descrito y alabado en sus escritos por Gonzalo Fernández de Oviedo³, Pedro Mártir de Anglería⁴ o Paolo Giovio⁵, entre otros muchos.

Como punto de partida me gustaría reparar en un dato biográfico: su nacimiento en Montilla el 1 de septiembre de 1453 en el seno de los Aguilar —su padre era don Pedro Fernández de Aguilar, conde de Priego—, familia de hacendados cordobeses pertenecientes a una de las principales casas nobiliarias de Andalucía⁶. Aquél fue determinante, tanto por su ascendencia y linaje como por el lugar ocupado dentro del clan: el de segundón, con toda la carga social y psicológica que ello implicaba. Desde su nacimiento Gonzalo estuvo condenado a vivir a la sombra del primogénito, heredero legítimo del mayorazgo familiar, titular indiscutible de la casa y sustituto del *paterfamilias*. Ahora bien, si en principio este factor fue un impedimento en su carrera de ascenso social, a largo plazo constituyó un verdadero acicate, entre otras causas

2. Para un detallado análisis del proceso de fabricación y evolución del mito del Gran Capitán en la Historia, *vid.*: RUIZ-DOMÉNEC, J.E., *El Gran Capitán. Retrato de una época*, Barcelona, 2002, p. 515 y ss.

3. *Batallas y Quinquagenas*, (ed. de J.B. Avalue-Arce), Salamanca, 1989.

4. *Epistolario*, Madrid, 1953.

5. *La vita de Gonzalvo Fernando di Cordova detto il Gran Capitano*, Fiorenza, 1550.

6. Raúl Molina Recio ha realizado en un trabajo reciente un magnífico repaso sobre la historiografía, la evolución y las estrategias de perpetuación y extensión del linaje de los Fernández de Córdoba: “La familia del Gran Capitán: El linaje Fernández de Córdoba en la Edad Moderna”, en AA.VV., *El Gran Capitán. De Córdoba a Italia al servicio del rey*, Córdoba, 2003, pp. 67-86.

porque la necesidad de labrarse un medio efectivo de promoción en el seno de la sociedad del Antiguo Régimen le llevaría por derroteros muy distintos al del primogénito: la Corte en un primer momento —no olvidemos que durante la guerra civil castellana los Aguilar toman partido contra Enrique IV y don Gonzalo, a la edad de 12 años, es enviado a servir como paje del malogrado infante Alfonso—, y la carrera de armas, cuando a partir de 1476 entra al servicio de Isabel y Fernando en el conflicto sucesorio por el trono de Castilla. Vemos, pues, que nuestro protagonista optó por una de las salidas elegidas por otros muchos hidalgos y segundones de su época: la milicia como medio de ascenso social, directamente relacionado con el servicio al Estado.

En las páginas que siguen trato de hacer un breve recorrido por la figura del Gonzalo de Córdoba estratega y genio militar, fundamentalmente durante el transcurso de las dos grandes campañas italianas. Dejo en el tintero numerosos pasajes de su biografía que resultan no menos atractivos. Entre ellos, el papel que jugó durante la guerra de Granada o el interesante período de 1504 á 1507, en que se hizo cargo del virreinato de Nápoles y del que, rodeado de intrigas y especulaciones sobre la posible forja de una traición a Fernando el Católico, fue finalmente apartado para retirarse definitivamente a sus estados y no volver nunca más a Italia. Se trata de aspectos que, con mayor o menor fortuna, han sido ampliamente abordados en un extenso abanico de obras dedicadas a narrar la vida del noble cordobés y a las que desde ahora remito⁷.

7. Puede consultarse un compendio de algunas de las crónicas que versan sobre el Gran Capitán en: RODRÍGUEZ VILLA, A., *Crónicas del Gran Capitán*, NBAE, t. 10, Madrid, 1908. Contamos, asimismo, con algunas colecciones en las que se recoge parte de su correspondencia: tan sólo tres cartas en PAZ, A., "Colección de cartas originales y autógrafas del Gran capitán que se guardan en la Biblioteca Nacional", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, vol. V, 1901, pp. 335-340 y vol. VII, 1902, pp. 180-185; bastante más en SERRANO PINEDA, L., *Correspondencia de los Reyes Católicos con el Gran Capitán durante las campañas de Italia*, Madrid, 1909. Entre las obras de carácter biográfico, cabe citar: ALONSO LUENGO, L., *El Gran Capitán*, Madrid, 1942; QUINTANA, M.J., *Vidas de españoles célebres: el Gran Capitán*, Madrid, 1946; GARCÍA, C., *El Gran Capitán Gonzalo de Córdoba: sus gloriosos hechos...*, Barcelona, 1955; ONIEVA, J.A., *El Gran Capitán: ventura y desventura*, Madrid, 1963; VACA DE OSMA, J.A., *El Gran Capitán*, Madrid, 1998. Para un recorrido exhaustivo por la bibliografía que versa sobre la figura del noble cordobés, véase: ARCE JIMÉNEZ, R.; BELMONTE SÁNCHEZ, L., *El Gran Capitán: repertorio bibliográfico*, Montilla, 2000.

1. LA PRIMERA CAMPAÑA DE ITALIA Y LA EXPEDICIÓN A CEFALONIA

A pesar de que la proyección internacional de Gonzalo Fernández de Córdoba como genio militar se gestó y consolidó durante las dos grandes campañas italianas, su participación en la guerra de Granada fue mucho más determinante de lo que se piensa en principio, pues para él fue un campo de pruebas e instrucción idóneo de lo que desarrollaría más adelante en Nápoles. Su activa participación en la campaña de conquista al frente de una compañía de lanzas, en los trabajos de asedio y ocupación de enclaves como Íllora, del que obtuvo la alcaidía de su fortaleza en 1486, le permitieron adquirir una experiencia y aprendizaje en la guerra de sitios y defensa de fuertes, así como en la estrategia de guerra de guerrillas que algunos años más tarde aplicaría con suma eficacia en los campos de batalla italianos. A todo este compendio de cualidades militares habría que añadir el despliegue de sus consumadas habilidades como negociador frente al rey Boabdil o su activa participación junto al secretario Hernando de Zafra en la redacción de las capitulaciones de rendición del reino⁸. Sin duda, en Granada encontramos, en palabras de Esther Merino: “los orígenes de su concepción particular de la estrategia, la noción misma de la guerra, la disposición castramental de las tropas o la composición de los ejércitos”⁹, que con el tiempo le darían unos resultados extraordinariamente efectivos en las campañas napolitanas.

Tras los acontecimientos de 1492, la siguiente oportunidad brindada a Gonzalo de Córdoba se produjo con motivo del enfrentamiento entre los Reyes Católicos y Carlos VIII de Francia por el reparto de Italia. Desde la Baja Edad Media la Corona de Aragón había convertido el Mediterráneo Occidental en un espacio geo-estratégico de primer orden para sus intereses. Cerdeña había entrado en la órbita aragonesa desde 1323 y el reino de Nápoles desde 1443, fecha en que Alfonso el Magnánimo le arrebató el trono a Renato de Anjou, colocándose allí

8. El cronista Hernán Pérez del Pulgar narra la participación de Gonzalo de Córdoba en la campaña de conquista del reino granadino en su *Breve parte de las hazañas del excelente nombrado Gran Capitán*, en RODRÍGUEZ VILLA, A., *Crónicas...*, pp. 555-589. Asimismo, encontramos un estudio de la organización, composición y financiación de los ejércitos durante la campaña granadina, en: LADERO QUESADA, M.A., *Castilla y la conquista del Reino de Granada*, Granada, 1988.

9. “El Gran Capitán: la estrategia de un militar genial”, *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, 59-60, 1995, pp. 159-167, p. 159.

una dinastía sujeta al vasallaje de la casa de Aragón. Asegurar el control sobre el territorio napolitano era, pues, una prioridad inexcusable en la agenda política de Fernando el Católico y, tras la conquista de Granada, su principal objetivo. No debe extrañar, por tanto, que desde la cancillería castellana se asistiese con especial preocupación a las ínfulas reivindicativas de Carlos VIII, que por entonces pretendía resucitar los viejos derechos sucesorios de la casa de Anjou sobre la corona napolitana. Entre el 29 de agosto y el 2 de septiembre de 1494 Carlos VIII atravesaba los Alpes y entraba por el Norte de Italia con un impresionante ejército para, posteriormente, realizar una entrada triunfal en Roma con el fin de que el Papa le concediese la investidura del trono de Nápoles. Lo que algunos autores han calificado como verdadero “paseo militar”¹⁰, suponía la ruptura unilateral del Tratado de Barcelona, firmado un año antes y por el cual Fernando el Católico se declaraba neutral ante cualquier acción francesa sobre Italia, siempre que no atentase sobre los estados feudatarios del Papa, y bajo la condición de restituir a Aragón los territorios estratégicos del Rosellón y la Cerdeña, en la frontera pirenaica. La ruptura significaba que a partir de entonces los Reyes Católicos se reservarían el uso del derecho a la fuerza en caso de que sus intereses sobre el sur de Italia fuesen amenazados¹¹.

Si he optado por situar la primera gran acción militar de Gonzalo de Córdoba en su contexto político, tomando en cuenta los antecedentes previos a su entrada en la escena internacional, es porque me interesa reseñar, por encima de todo, que desde el principio su participación en la campaña nació “viciada”. Y digo “viciada” porque desde su nombramiento como general en jefe del cuerpo expedicionario enviado por Fernando el Católico a Sicilia estuvo atado de pies y manos. Las instrucciones eran claras: establecer en la zona un contingente reducido como arma preventiva ante cualquier acción ofensiva del ejército galo; estar a la expectativa y prestar apoyo a Ferrante II, heredero al trono napolitano, que se había comprometido previo acuerdo con Fernando el Católico a la entrega de cinco plazas de gran valor estratégico en la

10. CORVISIER, A., *Histoire militaire de la France, I. Des origines à 1715*, París, 1992, p. 234.

11. Las distintas etapas que marcaron las relaciones diplomáticas y la política internacional de los Reyes Católicos durante las dos grandes campañas en las que se enfrentaron con Carlos VIII y Luis XII por el control de los territorios napolitanos, han sido ampliamente analizadas por Luis Suárez Fernández en una obra de síntesis: *Los Reyes Católicos. El Camino hacia Europa*, Madrid, 1990.

Calabria, como cabeza de puente —Reggio, Cotrone, Squillache, Tropea y Amantea—. Gonzalo de Córdoba era consciente de las nulas posibilidades que el reducido ejército español¹², integrado mayoritariamente por antiguos combatientes de la guerra de Granada, tenía ante la poderosa y numerosa *gendarmérie* francesa desplegada en Italia, y de que su elección como capitán de la expedición no era fortuita. Si por algo se había caracterizado el capitán cordobés durante la campaña granadina había sido por dos cualidades: la prudencia en el campo de batalla y la habilidad para negociar. Ambas, sin duda, serían requeridas para la ocasión.

La entrada del ejército español en Sicilia el 24 de mayo de 1495 y su posterior paso por el Estrecho de Mesina para ocupar las cinco plazas cedidas por Ferrante, significaba una declaración de guerra abierta contra Carlos VIII. Los primeros compases del conflicto evidenciaron la situación real en que se encontraba el campo español: la inferioridad numérica y la imposibilidad de hacer frente a campo abierto a la temible *gendarmérie*, principal fuerza de choque del ejército francés. El 21 de julio de 1495 Ferrante II, deseoso de restablecer el prestigio perdido y en contra de la opinión de Gonzalo de Córdoba, quien se mostraba partidario de rehuir el combate a campo abierto, trató de batirse en Seminara con la caballería de Roberto Stewart, señor D'Aubigny. El resultado fue desastroso para las tropas de Ferrante, ya que éstas fueron arrolladas y dispersadas en la primera carga de caballería de la *gendarmérie*. La derrota infligida al ejército español, al margen del mayor o menor grado de culpabilidad que los apologistas del Gran Capitán trataron de descargar sobre el joven rey por su supuesta precipitación e inexperiencia, ponía de manifiesto que, lejos de caer de nuevo en la trampa del combate medieval, el único modo de hacer frente al ejército galo era por medio de una táctica de guerra de guerrillas, algo en lo que los infantes y jinetes ligeros españoles eran expertos consumados.

Tras la lección de Seminara los ejércitos de Gonzalo de Córdoba y Ferrante se dividieron. El primero quedó establecido en la Calabria, mientras que el segundo se dirigió hacia Nápoles. A partir de entonces el militar cordobés sometió el cuerpo expedicionario a una profunda reestructuración. Buscó una nueva organización táctica que le permitie-

12. Los cronistas ofrecen cifras dispares. Unos cuantifican en 300 caballos ligeros y 2.000 infantes los efectivos del cuerpo expedicionario, mientras que otros calculan unos 600 y 5.000 respectivamente, SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Los Reyes Católicos...*, p. 73 (n.63).

ra adaptarse a las circunstancias y adquirir ventaja sobre un enemigo mucho más numeroso, mejor pertrechado y equipado para lo que podríamos denominar la forma medieval de hacer la guerra. Como primera medida aumentó la disciplina en el seno del ejército, cualidad que, a la postre, sería alabada y considerada por todos los tratadistas militares como virtud capital del soldado y uno de los pilares en que debía sustentarse cualquier ejército moderno¹³; sustituyó las viejas ballestas como arma portátil ofensiva por los nuevos arcabuces que, a pesar de su peligrosidad e imprecisión, y de exigir un adiestramiento más prolongado en su manejo, eran mucho más eficaces y presentaban mayor frecuencia de tiro; potenció, asimismo, la técnica de la emboscada, el ataque nocturno por sorpresa y la guerra de movimientos y desgaste. Todo ello le permitió ocupar una serie de enclaves de vital importancia para cerrar el dominio sobre la baja Calabria y aislar las guarniciones francesas. Los avances de los contingentes comandados por Ferrante y Gonzalo de Córdoba hacia la capital napolitana provocaron el repliegue de las fuerzas del duque de Montpensier y su retiro a la fortaleza de Atella. A pesar de que los ejércitos del duque se hicieron fuertes en dicho enclave y de que éste se antojaba prácticamente inexpugnable, Montpensier, imposibilitado para obtener nuevos refuerzos debido a la concentración de tropas francesas en el Rosellón ante las nuevas maniobras de Fernando el Católico, no pudo resistir el asedio y rindió la plaza el 27 de julio de 1496.

Atella fue importante por dos razones: una, porque supuso toda una lección de cómo se debía realizar un asedio sin apenas bajas, esto es, cortar las fuentes y líneas de abastecimiento de agua y grano de las fuerzas sitiadas —ocupación por asalto de los molinos— para, acto seguido, someterlas a una guerra de desgaste en la que la hambruna y la falta de moral harían el resto; otra, porque marcó el inicio del mito militar y el momento desde el cual don Gonzalo Fernández de Córdoba se ganó el sobrenombre que le acompañaría durante toda su vida: el de Gran Capitán.

No obstante, donde aplicaría verdaderamente toda la experiencia adquirida tras largos años en las campañas granadinas fue en el cerco al fuerte de Ostia, puerto natural de la ciudad de Roma junto a la

13. Al respecto consúltense, entre otros: LONDOÑO, S. De, *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*, Bruselas, 1589; AYALA, B. de, *De iure et officiis bellicis et disciplina militari. Libri III*, Antuerpen, 1597; VALDÉS, F. de, *Espejo y disciplina militar*, Bruselas, 1613.

desembocadura del Tíber, que era controlado por un grupo de corsarios al servicio de Francia. Aquí demostró una vez más su versatilidad. Repartió los 1.500 soldados de infantería en los puntos estratégicos y trató de aislar la plaza; tras comprobar que tres días de bombardeo no supusieron más que arañazos sobre los muros, concentró todo el fuego de artillería en uno de los flancos del castillo para lanzar un ataque supuestamente masivo por la grieta abierta, que inevitablemente concentró toda la atención de los defensores y los pilló desprevenidos por el otro ala de la fortaleza. La toma de Ostia, amén de cerrar las operaciones militares en Italia, representó para el Gran Capitán su consagración como héroe militar a la romana, laureado y recibido en loor de multitudes a su entrada triunfal en la ciudad Eterna. Las cosas habían cambiado mucho. Del jefe de aquel pequeño cuerpo expedicionario enviado a Sicilia en 1495 para realizar operaciones de apoyo y defensa, al Gran Capitán de 1498, beneficiario de la Rosa de Oro de manos del Papa, del ducado de Santángelo, y recibido en España con honores por los Reyes Católicos, distaba un abismo. Hacia el fin de siglo el prestigio del Gran Capitán como genio militar alcanzaba cotas muy elevadas. Pero en absoluto había tocado su techo. El siguiente episodio bélico, desarrollado en la isla de Cefalonia, así lo pondría de manifiesto.

La amenaza del Turco, intensificada a lo largo de la segunda mitad del siglo XV, se había cernido sobre las posesiones venecianas en Grecia, lo cual suponía una llamada de atención para los reinos cristianos ante la posibilidad de que la península italiana fuese el próximo objetivo. De ahí que se formase una coalición —Santa Liga—, integrada por España, Roma, Venecia, Génova, Nápoles e incluso Francia. Tras la ocupación a manos de los otomanos de la estratégica isla jónica de Cefalonia, hasta entonces posesión veneciana, y la llamada de auxilio lanzada por la República de Venecia a sus socios de la Santa Liga, se organizó una armada para recuperar el enclave. Gonzalo de Córdoba fue elegido general en jefe de la misma. La expedición, desarrollada entre junio de 1500 y enero de 1501, estaba compuesta por 4 carracas y 35 naos de carga, en las que se embarcaron un total de 4.000 peones, 3.000 hombres de armas y 300 jinetes¹⁴. Aquélla no sólo respondía al ideal de Cruzada y unión de la Cristiandad contra el Islam, sino también

14. DOUSSINAGUE, J.M., *La política internacional de Fernando el Católico*, Madrid, 1944, p. 97. Una narración detallada del contexto internacional, de los preparativos y desarrollo de la expedición, en pp. 91-106.

a los intereses estratégicos de los Reyes Católicos, para quienes era vital enviar tropas de refuerzo a las posesiones españolas en Calabria. El largo asedio al puerto de Cefalonia —dos meses— y el asalto final al castillo de San Jorge, defendido con uñas y dientes por albaneses y turcos —auténtica escabechina de la que apenas resultaron supervivientes entre los asediados—, condensaban todo lo aprendido por el Gran Capitán en la primera campaña de Italia respecto de la aplicación de ataques sistemáticos nocturnos de desgaste con compañías de arcabuceros, la utilización de las minas para socavar los muros de la fortaleza —acciones en las que sobresalió la figura de Pedro Navarro— y el ataque por ambos flancos para concentrar las fuerzas defensivas en uno de ellos y sorprender por la espalda.

Cefalonia significó un verdadero acicate y golpe de moral para las potencias cristianas frente al poderío del Imperio Otomano, que hasta entonces se había considerado invencible en todas sus confrontaciones.

Y sobre todo, eso es lo que nos importa ahora, significó la carta de presentación del Gran Capitán ante todas las cancillerías europeas y, por qué no decirlo, ante el resto del mundo. No obstante, nuestro protagonista tendría una nueva oportunidad para demostrar su capacidad como general y sus dotes de estratega: el regreso a los campos de batalla italianos.

2. *LA SEGUNDA CAMPAÑA DE ITALIA: BARLETTA, CERIGNOLA Y GARELLANO*

Hacia 1499 Francia, recuperada militarmente después del revés sufrido durante el primer intento de invasión, con un nuevo rey en la persona de Luis XII tras la repentina muerte de su antecesor, y con energías renovadas, no había renunciado a sus posibilidades de controlar Italia como territorio estratégico. El joven monarca, reclamando sus derechos como heredero de la casa de Visconti —estaba casado con María Visconti—, rememoró la jugada de Carlos VIII y ocupó Milán con un ejército numeroso —24.000 hombres y 58 piezas de artillería— entre octubre de 1499 y abril de 1500. La rápida y desconcertante ocupación del ducado milanés demostró una vez más el potencial militar francés e hizo saltar la alarma en la Corte española ante lo que podía ser un nuevo intento de avance hacia el sur para dominar toda la península. Fernando el Católico, consciente de la superioridad numérica del ejército francés, buscó el entendimiento con Luis XII: se firma en secreto el Tratado de Granada (11-XI-1500). En el mismo se estipulaba

el reparto de Nápoles entre ambas potencias sin contar, por supuesto, con el concurso del rey Fadrique de Nápoles, al que ambos monarcas consideraban un soberano ilegítimo. Los Abruzzos y la Tierra de Labor quedarían en manos de Francia, mientras que Apulia y Calabria pasarían a formar parte de la Corona de Aragón, esto es, en manos de España, junto con Sicilia, que era una posesión ya consolidada. A pesar de haber tenido que renunciar a parte de los territorios conquistados en la primera campaña, Fernando el Católico jugó con habilidad sus cartas, ya que el tratado le permitía ganar tiempo para enviar nuevas tropas de refuerzo a la zona y controlar todas las plazas del sur, al objeto de utilizarlas como cabeza de puente para futuras operaciones de conquista. El objetivo primordial del Católico era salvaguardar la Calabria para así garantizar el control sobre el Estrecho de Mesina. El elegido para dirigir al nuevo cuerpo expedicionario no podía ser otro. A fines de febrero de 1501, poco después de su vuelta de la campaña de Cefalonia, don Gonzalo de Córdoba fue nombrado lugarteniente general de la Calabria y Sicilia, con mando total sobre las tropas allí destinadas. En esta ocasión el grueso de la expedición sería superior al de 1495: unos 600 caballos entre hombres de armas y jinetes ligeros, y 3.800 peones. Pero, ni por asomo, se acercaba a las cifras del pabellón francés.

En una primera fase ambas potencias se debían limitar a apoderarse de los territorios que les correspondían por el Tratado de Granada. Se trataba, ante todo, de una fase de ocupación y de tanteo de fuerzas. La estrategia seguida por el Gran Capitán consistió en tomar y aislar rápidamente toda la baja Calabria desde Sicilia y, en el ámbito político, actuar con la astucia suficiente como para contar con la adhesión de dos de las principales familias de la nobleza local, los Orsini y los Colonna, que eran rivales ancestrales por su tradicional posición guelfa y gibelina respectivamente, pero que Gonzalo de Córdoba se atrajo hábilmente, convenciéndolos de la necesidad de acabar con sus luchas faccionales y parcialidades ante el peligro de una amenaza exterior mucho más poderosa. Uno de ellos, Próspero Colonna, se convertiría en mano derecha del Gran Capitán a lo largo de la campaña.

La posterior conquista de la estratégica plaza de Tarento no hacía sino demostrar que ambos ejércitos, el español y el francés, estaban tomando posiciones para lo que iba a ser una nueva y larga contienda. En efecto, el nuevo general en jefe de los ejércitos franceses en Nápoles, el joven e inexperto duque de Nemours, sabedor de su superioridad numérica y militar, tomó la iniciativa y se lanzó a la ofensiva, obligando al general cordobés a retirar sus tropas hacia el sur a enclaves más seguros —Tarento, Gallipoli, Manfredonia, Bari, Cosenza, Amantea,

Tropea y Reggio—. Comenzaba así la segunda campaña de Italia, desarrollada en tres fases principales: Barletta, Cerignola y Garellano.

Barletta era una ciudad fortificada que ocupaba un lugar intermedio y estratégico entre la Manfredonia y Tarento, los dos puntos más extremos de la Apulia controlada por los españoles, y elegida por el Gran Capitán para replegar a todo su ejército y hacerse fuerte en espera de refuerzos. Si en jornadas como la de Atella, Ostia o Cefalonia Gonzalo de Córdoba había demostrado su capacidad para sitiar y asaltar plazas fortificadas, Barletta constituía un desafío en sentido opuesto: se trataba de aguantar todo el tiempo posible la presión ejercida por las tropas francesas, muy superiores en número: 1.000 lanzas, 6.000 infantes —de los que 2.000 eran experimentados piqueros suizos— y 26 piezas de artillería de diverso calibre —con 4 bombardas—. El largo cerco de Barletta puso de manifiesto las cualidades de Gonzalo de Córdoba como defensor de una plaza. Lejos de aceptar las repetidas invitaciones cursadas por el duque de Nemours para batir ambos ejércitos a campo abierto, lo cual hubiese sido un auténtico suicidio, el Gran Capitán practicó una defensa activa, esto es, lanzando sucesivas acciones relámpago por medio de pequeñas escaramuzas y emboscadas periódicas sobre las filas francesas con el fin de cortar sus vías de abastecimiento¹⁵. Es más: la guerra de desgaste, que tantos éxitos le había reportado en ocasiones anteriores, tuvo incluso consecuencias sobre el alto mando francés, donde comenzaron a surgir disidencias importantes entre el duque de Nemours y el señor D'Aubigny, que veía en el primero un advenedizo inexperto y temerario.

La resistencia de ocho meses de asedio dio sus frutos. Con el ejército francés agotado y dividido en dos mitades gracias a la apertura de un nuevo frente por el sur tras la entrada de nuevas tropas españolas al mando de don Luis Portocarrero, con el apoyo prestado a sus espaldas en el Adriático por la armada del almirante Juan de Lezcano y con la llegada de un contingente de 2.000 lansquenets alemanes como tropa de refuerzo, el Gran Capitán vio llegado el momento de plantar cara al ejército del duque de Nemours en lo que éste estaba buscando desde hacía meses: una batalla a campo abierto.

15. Un ejemplo de este tipo de táctica fue el asedio a la ciudad de Ruvo, situada en el centro de la línea francesa. El asalto al enclave constituyó una acción relámpago nocturna y por sorpresa, durante la cual los soldados españoles hicieron un alto número de prisioneros, dejando la ciudad devastada. La acción supuso, amén de un fuerte golpe moral para los franceses, un motivo de desprestigio para su ejército.

La noche del 27 de abril de 1503 Gonzalo de Córdoba pudo salvar el bloqueo impuesto por Nemours y dirigir sus tropas rápidamente hacia la ciudad vecina de Cerignola, al oeste del fuerte de Barletta. El Gran Capitán logró superar la situación gracias a la disponibilidad de la intendencia en el momento apropiado, abasteciendo de vino y bizcocho a una soldadesca que se encontraba totalmente agotada. Los movimientos de aproximación al campo de batalla fueron muy rápidos. Las tropas del general cordobés ocuparon toda la ladera de viñedos en orden de combate: 1) en vanguardia, el campo español estaba antecedido por un gran foso a modo de trinchera, lleno de estacas, que Gonzalo de Córdoba, por consejo de Próspero Colonna, había ordenado construir por medio de gastadores y zapadores experimentados; 2) tras el foso se encontraban 500 arcabuceros y espingarderos y, un poco más atrás, en el centro, se disponían tres cuerpos de infantería compuestos de 6.000 hombres, de los cuales 2.000 eran lansquenetes; 3) un poco más retrasados, en las dos alas, se encontraba repartida la caballería pesada al mando de Próspero Colonna —ala izquierda con 400 caballeros— y Diego de Mendoza —ala derecha con otros 400—; 4) detrás, la artillería de Pedro Navarro; 5) y en el extremo izquierdo, a retaguardia, la caballería ligera al mando de Fabrizio Colonna —400 hombres— y Pedro de Paz —otros 400—. En el centro del dispositivo táctico, sobre un pequeño promontorio tras las filas de infantería, se situó Gonzalo de Córdoba para guarecerse y tener una buena visión del campo de batalla. El problema era que la tropa estaba demasiado cansada, ya que la marcha sobre la ribera del Ofanto para ocupar posiciones había resultado agotadora. Sin embargo, el duque de Nemours dispuso a su ejército para comenzar la batalla, con una disposición táctica muy distinta: 1) en vanguardia, la caballería pesada con 250 hombres de armas, con Nemours al frente; 2) a continuación la poderosa artillería francesa, seguida unos pasos más atrás por un solo bloque de infantería, compuesto por 7.000 soldados franceses y suizos; 3) en la retaguardia 500 caballos ligeros comandados por Ivo d'Allegre¹⁶.

En la batalla de Cerignola se condensan buena parte de los principios tácticos básicos que se desarrollarán a lo largo del siglo XVI en los campos de batalla europeos. El planteamiento fue simple y a la vez genial: el Gran Capitán hizo frente al ataque directo de los hombres de

16. Para una descripción exhaustiva de la célebre jornada de Cerignola, *vid.*-. MARTÍN GÓMEZ, A.L., *El Gran Capitán. Las campañas del Duque de Terranova y Santángelo*, Madrid, 2000, p. 120 y ss.

armas franceses por medio de una novedosa táctica de defensa, seguida de un contragolpe efectivo. Nemours se lanzó al ataque con toda su caballería pesada, pero ésta se dio de bruces en la primera carga con los fosos y las espingardas y arcabuces de la primera línea de infantería. A este primer ataque, saldado con la muerte inmediata del general francés, le siguió el de los infantes suizos y gascones, que fue igualmente repelido. Poco después comenzó la desbandada en masa de los franceses. Fue entonces cuando, tras haber retenido en los primeros compases de la contienda la acción de sus jinetes, Gonzalo de Córdoba lanzó la carga de la caballería española contra las tropas francesas, perseguidas y rematadas cuando se retiraban a su campamento. El saldo fue una auténtica carnicería en el campo galo: unos 3.000 muertos por cerca de un centenar de bajas españolas.

Cerignola, segunda fase de la campaña de Italia, marcó el despliegue del poderío militar español en la Europa del Quinientos pero, ante todo, supuso el fin del combate al estilo medieval y el inicio del nuevo arte de la guerra¹⁷. La infantería había sido la verdadera protagonista de la batalla: de un lado, los piqueros como parapeto defensivo y los arcabuceros, cuyo uso del fuego ordenado por líneas se reveló sumamente eficaz; de otro, los rodeleros que, junto con los piqueros alemanes, se adentraron en los escuadrones suizos y rompieron sus líneas. Ahora bien, Cerignola en absoluto significó el fin de la guerra con Francia.

La tercera y decisiva fase de la contienda se desarrollaría con otra demostración de genialidad militar: la jornada del río Garellano, al norte de la ciudad de Nápoles. No es este el lugar para entrar en detalles sobre las largas y complicadas maniobras efectuadas por Gonzalo de Córdoba en el Garellano en diciembre de 1503, entre otras razones, porque dilataría en exceso las páginas de este artículo¹⁸. Pero sí convie-

17. VILLAMARTÍN, F., *Nociones del Arte Militar*, (ed. y est. prelim. de F. Fernández Bastarreche), Madrid, 1989, p. 215. Como afirma este teórico militar del siglo XIX, no sin cierta vehemencia: “Nunca como en esta ocasión se ha visto sacar más partido a los errores del enemigo, proseguir una victoria, ya iniciada, hasta completarla de un modo tan absoluto, dirigir las maniobras tácticas de modo que el número y las armas estén en ventaja de nuestros órdenes, ocupar siempre una posición estratégica central a la vez que táctica envolvente, dar a estas maniobras nada más que el arco preciso para envolver sin romper la unión de las partes del ejército, cosa que antes de Gonzalo de Córdoba nadie había hecho, y después de él pocos han sabido hacer”, *Ibid.*, p. 224.

18. Al respecto, *vid.*: MARTÍN GÓMEZ, A.L., *El Gran Capitán...* p. 158 y ss.

ne advertir que la estrategia seguida por el Gran Capitán a fin de contrarrestar el avance del reforzado ejército francés, que en esa ocasión era comandado por Giovanni Francesco Gonzaga, duque de Mantua, general mucho más experimentado que el malogrado duque de Nemours, fue algo más que una simple batalla. Las fuerzas de Gonzalo de Córdoba, inferiores en número a las francesas, estaban atrincheradas en la orilla sur del río Garellano. Las difíciles condiciones climatológicas hacían muy complicada la realización de cualquier maniobra y provocaron el desánimo entre la tropa española. El objetivo era evitar por todos los medios que los franceses ganasen nuevas posiciones en la zona y, sobre todo, impedir que cruzasen el río hacia el sur, para evitar la confrontación directa a campo abierto, ya que la artillería y la superioridad numérica de las fuerzas de Gonzaga, quien tenía bien aprendida la lección de Cerignola, lo desaconsejaban. La utilización de la conocida guerra de desgaste, de la retirada fingida como estratagema, la división del ejército en dos mitades para distraer la atención del ejército adversario y desplazarlo para tener el camino abierto, eliminar el puente fabricado por los franceses y construir otro para posteriormente realizar una maniobra envolvente y provocar su retirada al fuerte de Gaeta, quedó en los anales de la tratadística y la historia militar como una verdadera lección de lo que debía ser una táctica de diversión y movimiento de tropas.

La victoria en Garellano sobre el ejército francés abrió el camino para la ocupación de Gaeta —2 de enero de 1504—, último reducto francés, y propició su retirada definitiva del territorio napolitano. En marzo de 1504 Luis XII firmaba con Fernando el Católico una tregua de tres años que ponía fin prácticamente a las aspiraciones francesas sobre el reino de Nápoles. Los laureles de la victoria estaban, como en 1498, sobre la cabeza del flamante duque de Terranova, nuevo título con el que los Reyes Católicos obsequiaban al Gran Capitán, amén de una merced de 10.000 ducados de renta y del cargo de primer virrey de Nápoles, que desempeñaría hasta septiembre de 1507. La crónica de su gestión al frente del gobierno napolitano, de cómo fue capaz de crear toda una extensa red clientelar gracias a su “liberalidad” en el reparto de mercedes entre las oligarquías locales, de su enfrentamiento con Fernando el Católico, su polémica salida de Nápoles y posterior retirada a la Península es, como advertí en páginas iniciales, otra historia¹⁹.

19. Algunos datos sobre el proceso de transformaciones político-institucionales operadas en Nápoles desde la instauración del virreinato, así como acerca de las

3. EL GRAN CAPITÁN: SUS APORTACIONES AL NUEVO ARTE DE LA GUERRA

Hasta ahora no he hecho otra cosa que enunciar y analizar el contexto político internacional en que se desarrolló la actividad del Gran Capitán como general y estratega, así como los principales hechos y hazañas militares que jalonaron su carrera. Ahora bien, todo lo aquí expuesto quedaría incompleto si no entrásemos en un análisis más profundo de las reformas introducidas por el noble cordobés en el Ejército, lo cual nos ayudará a entender mucho mejor sus éxitos militares.

Italia, no hace falta insistir en ello, fue el tablero de juego en el que se dilucidó a fines del siglo XV y principios del XVI el nuevo papel hegemónico que habrían de jugar dos potencias emergentes: Francia y España o, mejor dicho, Francia y los reinos hispánicos. Ambas pusieron sobre los campos de batalla del sur de Italia dos tipos de ejércitos distintos, como distinta era su tradición militar. El que invade Italia en 1499 al mando de Carlos VIII sostiene todo su peso sobre la caballería. De un lado, las compañías de ordenanzas (*grande ordonnance du roi*), que constituían el ejército permanente francés por excelencia y constaban de formaciones mixtas de caballería pesada y ligera creadas en 1445 por Carlos VII e integradas por miembros de la nobleza²⁰; de otro, las *gens d'armes*, la verdadera caballería pesada nobiliaria, que gozaba de un prestigio enorme y constituía el alma del ejército francés y su principal fuerza de choque. Sobre ella gravitaban todas las tácticas de combate, dirigidas hacia las acciones de carga de caballería a campo abierto. Todos los teóricos y memorialistas militares franceses del siglo XVI —François de Ratubin, Jean de Mergey, Biaise de Monluc, François

negociaciones establecidas con las oligarquías napolitanas por Gonzalo de Córdoba, en: D'AGOSTINO, G., "El sistema político representativo interno del Reino de Nápoles entre Monarquía aragonesa y Virreinato español", *Cuadernos de Investigación Histórica*, 1978, 2, pp. 13-37, p. 24 y ss. Véase también: HERNANDO SÁNCHEZ, C., "El Gran Capitán y los inicios del virreinato de Nápoles. Nobleza y estado en la expansión europea de la Monarquía bajo los Reyes Católicos", en RIBOT GARCÍA, L. (coord.), *El Tratado de Tordesillas y su época*, Madrid, 1995, t. III, pp. 817-854.

20. Desde la época de Luis XI las compañías de ordenanzas quedaron fijadas en cuerpos de 100 hombres cada una. Durante su reinado la ordenanza se acercó a los 4.000 efectivos, que posteriormente quedaron reducidos a unos 3.200, en tiempos de Carlos VIII, CORVISIER, A., *Histoire militaire...*, pp. 220-221.

de la Noue...—, imbuidos de una idea arcaica de la guerra en la que la nobleza continuaba monopolizando el papel guerrero que le correspondía en la sociedad, estaban totalmente convencidos de la superioridad de la gendarmería francesa sobre sus oponentes en los campos de batalla europeos²¹. Así pues, lejos de modernizar sus técnicas de combate, los franceses desarrollaron poco o nada la infantería, cuando ésta, del lado de los arqueros ingleses —los experimentados bowmen—, se había revelado como arma decisiva y emergente en la guerra de los Cien Años²². No obstante, ya por la falta de una tradición de arqueros, ya por la escasa predisposición de la monarquía a desarrollar una verdadera infantería villana armada por el posible peligro que ello podía conllevar, los distintos intentos de crear un cuerpo de infantería regular bien estructurado y eficaz cayeron en saco roto. En su lugar, Francia prefirió contar con los servicios de los suizos, cuyos escuadrones cerrados de piqueros ejercían de mercenarios para las cortes de media Europa²³. Caballería e infantería eran complementadas por un arma emergente pero todavía no decisiva en los campos de batalla: la artillería, de la que la francesa era considerada la más numerosa, moderna y móvil de toda Europa. Un ejemplo: Carlos VIII trasladó a Italia un parque artillero integrado por 140 cañones y 126 piezas ligeras, servidos por 200 maestros artilleros, 300 cañoneros y 600 carpinteros²⁴.

Frente a todo este potencial, el mejor sin duda para desarrollar la guerra medieval, encontramos la tradición militar hispana, en la que los largos años de lucha contra los musulmanes habían impuesto una táctica de combate muy distinta, que basculaba más sobre la escaramuza, la emboscada y el desarrollo de la guerra de asedio. Ello explica que el modelo francés de caballería pesada apenas cuajase en Castilla y que

21. GAIER, C., “L’opinion des chefs de guerre français du XVI^e siècle sur les progrès de l’art militaire”, *Revue Internationale d’Histoire Militaire*, 29, 1970, pp. 723-746, p. 731.

22. Las batallas de Crecy (1346), Poitiers (1356) y Azincourt (1415), durante la guerra de los Cien Años, en las que los arqueros ingleses fueron capaces de frenar a la caballería pesada gala, así lo atestiguan. En opinión de André Corvisier, la Guerra de los Cien Años significó el fin de la caballería pesada francesa: “Celle-ci s’explique notamment par son indiscipline au combat —le chevalier est un bon guerrier mais un mauvais soldat— et les progrès réalisés par l’infanterie qu’il méprise cependant ou qu’il piétine comme à Crécy, enfin par l’apparition de l’arme à feu qui transperce les cuirasses”, CORVISIER, A., *Dictionnaire d’Art et d’Histoire Militaires*, Paris, 1988, p. 155.

23. GAIER, C., “L’opinion des chefs...”, pp. 734-736.

24. CORVISIER, A., *Dictionnaire d’Art et...*, p. 72.

prevaleciese el de las compañías de lanzas jinetas. En 1493 se instauran las guardas viejas de Castilla, que venían a sustituir al antiguo cuerpo de guardas reales. Aquéllas estaban integradas por 2.500 lanzas, distribuidas en el momento de su fundación en 25 compañías²⁵, y acabarían convirtiéndose con el tiempo en la única fuerza defensiva peninsular permanente²⁶. Es cierto que, tal y como se ha encargado de recordar José Contreras Gay en un magnífico artículo, la caballería ligera, en contra de lo tradicionalmente admitido por la historiografía, continuó desempeñando un papel importante en la constitución del ejército castellano²⁷. Ahora bien, la infantería cobrará un protagonismo mucho mayor como núcleo básico de los ejércitos movilizados por la Monarquía en sus campañas exteriores y será, sin duda, la clave de los triunfos militares cosechados por el Gran Capitán en Italia.

El desarrollo de la guerra de desgaste sobre el adversario, rehuyendo las grandes batallas con el enemigo, así como el perfeccionamiento del arte de sitiar plazas fuertes, dieron a Gonzalo de Córdoba resultados excelentes en ciertas fases del conflicto. Atella y Ostia son un claro ejemplo de ello. Pero su principal éxito fue resolver el problema táctico de la carga de caballería pesada en campo abierto. Para ello era preciso potenciar y profesionalizar la infantería como cuerpo permanente frente

25. QUATREFAGES, R., *La Revolución Militar Moderna. El crisol español*, Madrid, 1996, p. 79.

26. Aparte de las páginas que René Quatrefages dedica en el libro arriba citado a la génesis y desarrollo de las guardas viejas como parte de la organización militar de la Monarquía en la primera mitad del siglo XVI, es preciso reseñar las investigaciones que Enrique Martínez Ruiz ha consagrado a la descripción y análisis de las sucesivas ordenanzas en las que se sancionaba la organización y los intentos de reforma —baldíos— de este cuerpo militar: “La reforma de un “ejército de reserva” en la monarquía de Felipe II: las guardas”, en *Las Sociedades Ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*, t. II, pp. 497-511; “Política y milicia en la Europa de Carlos V: la Monarquía hispánica y sus Guardas”, en CASTELLANO CASTELLANO, J.L.; SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ, F., (eds.), *Carlos V. Europeísmo y Universalidad. La organización del poder*, t. II, Madrid, 2001, pp. 369-387; del mismo autor, junto a Magdalena de Pazzis Pi Corrales: “Un ambiente para una reforma militar: la ordenanza de 1525 y la definición del modelo de Ejército del interior peninsular”, *Studia Historica, Historia Moderna*, 21, 1999, pp. 191-216.

27. CONTRERAS GAY, J., “El sistema militar carolino en los reinos de España”, en AA.VV., *El emperador Carlos V y su tiempo*, Sevilla, 2000, pp. 339-359. En este trabajo el autor trata de recuperar el protagonismo de la caballería en el proceso de constitución y modernización del ejército interior defensivo organizado en España, cuyo eje fundamental serían las guardias viejas de Castilla —prefiere el apelativo de guardas sobre guardas, para distinguirlas de las antiguas guardas reales—.

a una *gen d'armes* de pesadas armaduras que tras las dos o tres primeras cargas resultaba entorpecedora y poco móvil²⁸.

Gonzalo de Córdoba dividió las unidades de infantería en otras más pequeñas y operativas, imponiendo una férrea disciplina para mantener la cohesión y darles movilidad. Articuló como unidad de combate la compañía, compuesta de 250 hombres al mando de un capitán. La unión de 3 compañías formaba una bandera, custodiada por el alférez, y la de 6 compañías daba lugar a la colonelía o coronelía, compuesta en principio por 1.500 plazas, a cuyo cargo se encontraba un coronel. Precisamente en la unión de dos ó tres coronelías encontramos los orígenes de los futuros tercios, que alcanzarían su máximo desarrollo y perfeccionamiento como arma de combate de infantería años después, al servicio de los Habsburgo españoles en las célebres campañas de Flandes²⁹. Probablemente el término “tercio” proviene de la formación teórica de las capitánías: 100 coseletes provistos de picas para frenar a la caballería; 100 rodeleros armados con espadas para introducirse entre las formaciones contrarias de piqueros y deshacerlas; y, por último, una tercera parte compuesta por unos 50 hombres, destinada en un principio a los tradicionales ballesteros, pero sustituida por el Gran Capitán, con gran acierto, por arcabuceros.

La clave del tercio residía precisamente en el papel desempeñado por estos últimos, convertidos por el general cordobés en la verdadera fuerza de choque y espina dorsal de la infantería, a partir de su posición central en el escuadrón, unidad táctica en la que los piqueros eran

28. El caballero francés, con el fin de transportar su costoso y pesado equipo, debía movilizar junto a él a un mínimo de cuatro hombres —un escudero, dos ballesteros y un paje—. No sólo el jinete, sino también el caballo iban protegidos con una coraza, lo cual suponía aumentar considerablemente el peso de la unidad de combate. Esto provocaba que los hombres de armas, lanzados en plena carga al galope, tuviesen un escaso margen de maniobra si no fructificaba el primer choque frontal con la infantería.

29. Sobre la formación y organización del tercio —reclutamiento, instrucción, revistas y paga, armamento, técnicas y tácticas de combate, mando y jerarquía, estructura económica—, así como las condiciones de vida de sus integrantes, véase.: QUATREFAGES, R., *Los tercios*, Madrid, 1983. Por otro lado, los problemas de movilización y logística, alto mando, finanzas... de los tercios de Flandes, de su establecimiento y relación con la población civil del territorio flamenco durante la Guerra de los Ochenta Años, fueron analizados hace tiempo por Geoffrey Parker en una obra que hasta la fecha continúa siendo un clásico de referencia: *El ejército de Flandes y el Camino Español. 1567-1659*, *El ejército de Flandes y el Camino Español (1567-1659)*, Madrid, 1976.

relegados a fuerza defensiva para abrigar a los arcabuceros. Es cierto que la técnica del escuadrón no fue inventada por Gonzalo de Córdoba, pero sí perfeccionada y mejorada³⁰. Los primeros impulsores de la misma habían sido los piqueros suizos, que, como ya he señalado, constituían la infantería de elite del ejército francés. Inspirados en la falange macedónica, los helvéticos habían recuperado a mediados del siglo XV el antiguo arte del orden cerrado y crearon enormes bloques compactos, escuadrones de piqueros de unos 100 hombres de largo por 60-80 de profundidad. De este modo crearon un sistema de “armazón” cerrado que se antojaba en teoría invulnerable ante las descargas de caballería pesada, y que les dio resultados asombrosos ante Carlos el Temerario en 1476. Los costados siempre permanecían cubiertos y no era preciso el giro de toda la unidad para hacer cara a una amenaza desde los lados. Tan sólo con bajar las picas de las cuatro o cinco filas del lado próximo al peligro el flanco quedaba protegido. La rigidez del sistema era lo que le daba solidez, pero al mismo tiempo era su principal defecto, ya que los escuadrones suizos eran demasiado compactos, poco flexibles e incapaces de mantener la cohesión ante grandes obstáculos naturales —bosques, zonas rocosas, caudales de aguas rápidas y profundas...—. Zonas donde, es cierto, la caballería no solía atacar, pero sí la infantería. Y si ésta estaba bien organizada en escuadrones más pequeños y mucho más flexibles, capaces de alternar el uso de la pica como parapeto defensivo y la descarga de un arma de fuego portátil como el arcabuz, podía hacerle sombra: ese fue el caso de las coronelías del Gran Capitán, embriones del futuro tercio.

Las cualidades de Gonzalo de Córdoba no acababan en el campo táctico. Supo adaptarse mejor que ningún general de su época a las circunstancias marcadas por el devenir de la guerra —recuérdese lo que logró con el pequeño cuerpo expedicionario en 1495 y su habilidad en Barletta para desgastar la capacidad del sitiador—. Hizo de la prudencia, la racionalidad y el cálculo virtudes esenciales para cualquier buen general. Al mismo tiempo, concibió la guerra moderna como un trabajo en equipo en el que cada individuo tenía una función imprescindible y, de acuerdo con esa premisa, supo rodearse de un equipo de capitanes y de técnicos capaces de ofrecer soluciones concretas a los múltiples problemas con los que podía toparse. A ejemplos como el de Pedro Navarro,

30. Acerca de la organización teórica —según los tratadistas militares—, la táctica, evolución y tipos de escuadrón del tercio, *vid.*: QUATREFAGES, R., *Los tercios...*, pp. 233-248.

bien dotado como ingeniero militar, inventor de artefactos al servicio de la guerra, responsable del desarrollo del moderno sistema de minas para el asedio de fortalezas, pueden unirse los de Diego García de Paredes, avezado capitán de compañía de caballería ligera, Íñigo López de Ayala, Gonzalo Pizarro, Pedro de Acuña o el italiano Próspero de Colonna.

Sabedor de la importancia que el honor ocupaba en la mentalidad de sus soldados, ya fuesen caballeros, rodeleros o simples piqueros, supo explotar hábilmente esta faceta y arengar a la tropa en los momentos previos a motines y desbandadas, en los prolegómenos de las contiendas decisivas o en las situaciones más adversas, con el fin de restituir la moral y el ánimo entre sus filas³¹. Las falsas promesas sobre la pronta llegada de remesas de dinero y la llamada al honor y a la fuerza de la patria, entendiendo por ésta un concepto que no sólo se refería a la idea de nación o país, sino que también remitía directamente a la cuna y linaje de cada soldado, fue lo que evitó el amotinamiento de las tropas en el fuerte de Barletta. Puede afirmarse que su habilidad para preservar el control sobre sus hombres en los momentos más difíciles se debía a una interesante conjunción de inteligencia, pragmatismo, astucia y sangre fría.

Tras las campañas de Italia la capacidad de Gonzalo de Córdoba como estrategia y general no podía ser ya cuestionada por nadie. La Monarquía Católica había encontrado en el campeón de Cerignola y Garellano el tipo de general idóneo para el nuevo ejército al servicio del Estado. Un Estado cuyo embrión se había formado con la unión dinástica entre Fernando de Aragón e Isabel de Castilla y en el que, junto con el control de la hacienda pública y la racionalización del sistema fiscal, la formación de un aparato burocrático y administrativo centralizador, el desarrollo de instrumentos para el control político de la nobleza, la consolidación de una red diplomática internacional, todos ellos pilares fundamentales en el proceso de formación de lo que conocemos historiográficamente como Estado Absoluto, ocupaba un lugar no menos importante la creación y organización de un ejército profesional permanente al mando de capitanes experimentados y preparados para

31. El concepto de honor en el seno del ejército, no ya en su versión caballeresca y monopolizada por la nobleza guerrera en virtud de la sangre y el linaje, sino como una cualidad extendida a todos y cada uno de los miembros de la milicia a partir de la idea de que el ejercicio de las armas y las hazañas en el campo de batalla ennoblecían al soldado, ha sido analizado por R. Puddu a partir de las obras de los tratadistas del siglo XVI, en su obra *El soldado gentilhombre. Autorretrato de una sociedad guerrera: La España del siglo XVI*, Barcelona, 1984.

hacer frente a los nuevos desafíos de la costosa política exterior hegemónica que desarrollarán los Habsburgo españoles en los siglos XVI y XVII.

Gonzalo de Córdoba fue iniciador, al menos en el campo táctico, de un proceso mucho más amplio y complejo, y en el que confluían factores de carácter económico, social, técnico y político, conocido historiográficamente como Revolución Militar³². Fue iniciador de una nueva forma de entender la guerra de asedio y desgaste, la retirada, no como salida deshonrosa y señal de cobardía en el campo de batalla, sino como recurso estratégico para obtener la victoria; el papel de la infantería, la relación entre este cuerpo y el de caballería; el orden de guerra, la reorganización y reestructuración del escuadrón de piqueros y arcabuceros como unidad de combate fundamental del ejército; la instrucción y adiestramiento de la tropa, amén de la importancia de factores como el régimen disciplinario y el tratamiento de la moral de los soldados antes y después de la batalla. Fue precursor, no cabe duda, de aquel nuevo arte de la guerra sobre el que muchos tratadistas militares teorizaron después de sus hazañas y que, en gran medida, usaron éstas como ejemplo y fuente de inspiración para sus escritos³³.

32. El término de Revolución Militar ha sido objeto de un amplio debate historiográfico desde que Michael Roberts lo acuñase por primera vez en un trabajo ya clásico: *The Military Revolution, 1569-1660*, Belfast, 1956. Las tesis de Roberts, que daban excesivo protagonismo a las innovaciones introducidas por Mauricio de Nassau y Gustavo Adolfo de Suecia durante la Guerra de los Treinta Años, fueron posteriormente revisadas por Geoffrey Parker en: *La Revolución Militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*, Barcelona, 1990. Del mismo modo, las teorías de la revolución tecnológica y táctica postuladas por Parker fueron criticadas por numerosos historiadores en una serie de trabajos, entre los que cabe destacar: ROGERS, C.J., *The military revolution: Readigns on the military transformation of early modern Europe*, Oxford, 1995; BLACK, J., *A Military Revolution? Military change and european society, 1500-1800*, Londres, 1991; ELTIS, D., *The military revolution in sixteenth-century Europe*, Londres, 1995.

33. Diego Salazar, un veterano de las guerras de Nápoles, realizó una “adaptación” al español de *Del arte de la guerra*, obra de Nicolás Maquiavelo, en la que, en el lugar de Fabrizio Colonna y otra serie de protagonistas, coloca a Gonzalo de Córdoba como principal interlocutor del diálogo que sirve de hilo conductor del tratado: *Tratado de re militan*, Alcalá de Henares, 1536. Para una visión amplia de la tratadística militar española en época de los Austrias, vid.: ESPINO, A., *Guerra y cultura en la Época Moderna. La tratadística militar hispánica de los siglos XVI y XVII: libros, autores y lectores*, Madrid, 2001.

